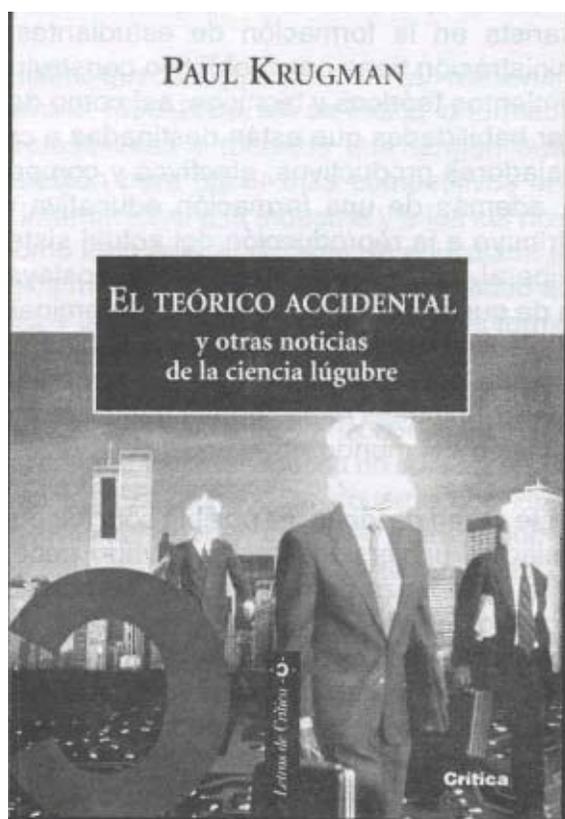


Reseña bibliográfica

Por Tania E. González Alvarado

Paul Krugman, *El teórico accidental y otras noticias de la ciencia lúgubre*, trad. Jordi Pascual, Crítica, Barcelona, 2000, 194 pp. (Título original: *The Accidental Theorist and others dispatches from the dismal science*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 1999).



El doctor en Economía Paul Krugman escribe una columna mensual en la revista *On line Slate* llamada “La ciencia lúgubre” —calificativo que el británico Carlyle del siglo XIX dio a la economía. Ha escrito 16 obras entre las que se encuentran *La era de las*

expectativas limitadas (1991) y *Economía internacional: teoría y política* (con Maurice Obstfeld en 1993).

Este economista centra sus escritos en analizar la concentración de la riqueza en unos cuantos y la marcada desigualdad económica, así como el daño ambiental ocasionado por el estilo de vida capitalista. Para él, la desregulación del mercado y la privatización deben manejarse con precaución; cree que el mercado, cuyos fallos ofrecen una base lógica para sus conclusiones, no debe prescindir del control gubernamental.

En el *Teórico accidental y otras noticias de la ciencia lúgubre* Krugman se propone como objetivo diferenciar al “Teórico accidental” del verdadero economista; el primero, es aquel que “teoriza” en forma especulativa y simplista creyendo que sus conclusiones surgen de los hechos, pero en realidad sus supuestos implícitos, denominados “modas económicas”, son influidos por sus ideas políticas que carecen de sustento; el segundo analiza y profundiza a partir de un modelo de cómo funciona el mundo; así, las opiniones políticas del verdadero economista surgen del modelo y no el modelo de las ideas políticas —probablemente las conclusiones le obliguen a abandonar creencias fervorosamente mantenidas. Por tanto, a través de esta obra este autor busca demostrar lo que significa realmente pensar sobre economía, seña-

lando la diferencia entre las “modas económicas” —cuyos hechos tergiversados o inventados con defectos lógicos ocultos tras una retórica hábil carecen de sustento— y la teoría económica.

En la primera parte del libro titulada “Empleos, empleos, empleos” Krugman hace referencia a lo que él considera una moda: “sólo hay una cantidad limitada de trabajo por hacer en el mundo, y que a medida que aumenta la productividad se produce una reducción del número de empleos disponibles”. Antes de explicar esta falacia aclara que los empleados no deben ser comparados como si fuesen mercancías porque un ser humano no es ni será nunca igual a un objeto; un producto no vendido puede ser un estorbo almacenado, pero un desempleado representa una tragedia para el individuo, su familia y su comunidad. Esto resulta cierto si nos referimos al conjunto de personas económicamente activas como un mercado de trabajo y esperamos que siga la misma lógica de los otros mercados —como el de bienes o servicios—; por ello, estamos cometiendo un terrible error al analizar a las personas como objetos y a las tasas de desempleo como simples y fríos números, olvidándonos del factor más importante y con un impacto social no sólo económico: el humano.

El autor usa la parábola sobre “perros calientes” y “bollos” la cual consiste en lo siguiente: existen 120 millones de empleos, 60 millones para crear bollos y el resto para preparar perros calientes —se invierten dos días tanto para crear un bollo como preparar un perro caliente—, es decir la producción es igual al consumo; sin embargo, al emplear otro tipo de producción de perros calientes se reduce el tiempo de elaboración a un día menos y se requiere sólo 40 millones de trabajadores. Esto conduce a una reasignación del trabajo, por lo que ahora se necesitan 80 millones de trabajadores para duplicar la producción de bollos. Por ello, se tiene que aumentar la demanda ante un aumento de la oferta y se han destruido 20 millones de puestos en el

sector perros calientes creando 20 millones en el de bollos. El cambio tecnológico provocó un cambio en la estructura industrial del empleo, pero no ocasionó una pérdida total de empleo; si algún otro cambio aumenta la productividad en el sector bollos se puede reasignar nuevamente el trabajo entre los dos sectores, pues al aumentar la oferta se tendrá que aumentar el consumo. Krugman usa esta parábola para explicar que en la economía real el crecimiento de la productividad en un sector induce a la creación de empleo en otro; la lógica de la economía en su conjunto no es la misma que la lógica de un solo mercado; el crecimiento de la productividad en el conjunto de la economía no reduce el empleo en la economía en su conjunto. Para respaldar su explicación con hechos, señala la creación de cuarenta y cinco millones de empleos estadounidenses en un periodo de veinticinco años, siendo mayor el número de empleos creados en el sector servicios a los perdidos en el sector manufacturero.

Por otro lado, este especialista critica fuertemente a aquellos economistas con poder público que al decidir sobre la economía nacional —denominados por él “keynesianos vulgares”— declaran basar sus decisiones y propuestas en la teoría keynesiana, pero en realidad usan su mano visible, contrario a la mano invisible del mercado, para aumentar o disminuir las tasas de interés con el fin de que el ahorro y la inversión se igualen a la tasa de desempleo y con ello crear escenarios propicios para los grandes capitales; sin embargo, la tradición derivada de la teoría keynesiana señala que los tipos de interés son independientes a los niveles de empleo y producción.

Otra “moda” criticada por el autor —en la segunda parte de la obra: “Errores derechistas”— se relaciona con la economía de la oferta, la cual sostiene: “la reducción de los impuestos tiene efectos económicos lo suficientemente positivos para no reducir el gasto público”. Califica a la economía de la oferta

como “una doctrina pura y excéntrica” carente de evidencias reales a su favor y atractiva para los prejuicios de los hombres muy ricos; los partidarios de esta teoría, de acuerdo con el autor, creen que sólo importa el lado de la oferta sin considerar el estado de la economía o las perspectivas presupuestarias del gobierno; todo lo negativo que afecta a la economía es consecuencia del aumento en los impuestos, y todo lo bueno es resultado de la reducción de impuestos. Krugman en contra de esta doctrina toma como ejemplo la administración de Clinton, en la que —aun cuando se aumentaron impuestos no hubo recesión, crisis monetaria o un notable aumento del déficit— se crearon millones de nuevos empleos, el mercado de valores obtuvo nuevos récords —el Dow Jones casi alcanzó los 8,000— y el déficit disminuyó.

Asimismo, este especialista en la tercera parte “Globalización y globachorradas” —el término *globachorradas*, acuñado por Claire Booth Luce, aplica al modo en que muchas lumbreras modernas atribuyen todo lo que sucede en el mundo al impacto vagamente definido de la economía global— señala como “moda” la siguiente idea: “el progreso de las economías de nueva industrialización nos conducirá a un exceso de la oferta global, ya que estas economías producirán, pero no consumirán, exportarán, pero no importarán”. Para negar esta afirmación compara a Hong Kong con Nueva York y a China con Estados Unidos; establece la relación entre mercancías y servicios, demuestra que China sin Hong-Kong cuenta con un superávit en la balanza comercial —calificado por el autor como “ilusión estadística”—, mientras que Hong Kong tiene un déficit, el cual logra equilibrar con el superávit chino al unir ambos territorios.

Además, Krugman indica que las balanzas comerciales en su conjunto están limitadas por el equilibrio ahorro-inversión —al atraer inversión extranjera, China invierte más de lo que puede ahorrar, es decir, gasta más de lo que ingresa, lo que le

conduce a soportar déficits comerciales—; por lo tanto, el superávit comercial de China con Estados Unidos se compensará al tener déficits con otros países.

De igual manera el autor hace ver que es erróneo mitificar a la globalización —la cual define como un fenómeno real en el que tanto el comercio como la inversión internacionales han crecido más rápido que la economía mundial en su conjunto, de modo que las economías nacionales son cada vez más interdependientes— y querer atribuirle los males económicos y sociales que aquejan al mundo, cuando muchos de éstos son por razones políticas; señala como moda “creer que las naciones se encuentran a merced de un omnipotente mercado internacional”. En este punto, este economista aborda como ejemplo a Francia y Gran Bretaña; mientras la primera tiene una tasa de desempleo elevada por mantenerse dentro de la zona euro, símbolo de la unidad europea, la segunda ha dejado devaluar la libra, disminuyendo la tasa de desempleo. Desde mi punto de vista, el ejemplo de Francia (tasa de desempleo: 11.7%¹) e Inglaterra (tasa de desempleo: 6.3%²) es pertinente y claro, los estados de la Unión Europea que comparten el euro como moneda para lograr la convergencia deben mantener determinados índices de inflación, desempleo y producto interno bruto, lo que limita su margen de actuación en política monetaria y fiscal. Krugman señala que es incorrecto culpar que la pobreza global se deba a la globalización, desviando la responsabilidad que pertenece a los gobiernos de abatirla; culpamos a las transnacionales por desplazar a millones de personas de la miseria total

¹ Cfr. Comisión Europea, *Europa de los quince, cifras clave*, Luxemburgo, Oficina de publicaciones oficiales de las Comunidades Europeas, 2000, p. 18.

² *Idem*

